

EL HOMBRE RECIENTE DE H.R. PATAPIEVICI. O EL LUGAR Y EL PROBLEMA DE LA FILOSOFIA

Carlos Eduardo Maldonado¹
Universidad del Rosario, Colombia

Recibido 27/03/2011. Aceptado 24/05/2011

De la cultura rumana sabemos, en filosofía, poco. Desde luego que los nombres de George Calinescu y Herta Müller en literatura son conocidos, aun con diferencias entre ellos; en poesía se destaca Tristan Tzara, uno de los padres del dadaísmo; Eugene Ionesco (padre de la llamada literatura del absurdo) tiene un lugar propio en la cultura universal; los estudios de Mircea Eliade sobre mitología, religiones comparadas y simbolismo, son incomparables y tan sólo encuentran parangón acaso con la obra de J. G. Frazer (*La rama dorada*); y en música clásica, desde luego G. S. Ligetti es el nombre más destacado. Recientemente en cine se destaca el nombre de Christian Mungiu. Pero en filosofía, de lejos, el nombre más conocido es el de Cioran que, por lo demás, tiene cualquier cosa menos de pesimista.

Como quiera que sea, el predominio de los modelos eurocéntricos (Alemania, Inglaterra, Francia, principalmente) y norteamericanos (Estados Unidos) opera a la manera de efecto doppler produciendo como consecuencia un amplio desconocimiento de otras fuentes de cultura, conocimiento y vida. Existen entre numerosos países muchos más isomorfismos de lo que a primera vista pareciera. Tal es el caso, notablemente entre América Latina y los países del oriente de Europa (Rumania, Bulgaria, Polonia, Hungría, Eslovaquia, Moldavia, entre otros).

Un filósofo –en realidad su formación de base es en la física; pero es generalmente conocido como ensayista y escritor (títulos vagos que el periodismo acepta a la ligera)- rumano contemporáneo de alto impacto es Horia-Roman Patapievici (Bucarest, 1957). Con una obra amplia que registra reflexiones en torno a la cultura, la política, la literatura y la ciencia, su libro más importante es, de lejos, *El hombre reciente. Una crítica a la modernidad desde la posición de quien se pregunta: ¿qué perdemos cada vez que ganamos algo?*, publicado en rumano y en español en el 2005; en español, Barcelona, Editorial Altera, 499 págs.

¹ Profesor Titular del Instituto de Filosofía. carlos.maldonado@urosario.edu.co



El estudio de Patapievici es una crítica profunda, fina y de gran envergadura de la modernidad. En este sentido, se sitúa exactamente en la misma longitud de onda de textos fundamentales como los de J. Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, G. Vattimo, *El fin de la modernidad*, H. Blumenberg, *La legitimación de la edad moderna*, y más recientemente, de Z. Bauman, *La modernidad líquida*, para mencionar tan sólo los íconos más representativos. No me propongo aquí, específicamente por razones de espacio, hacer un estudio comparativo, aunque fácilmente podría establecerse relaciones de primer y de segundo tipo entre Patapievici y, notablemente, los autores mencionados. Por el contrario, me concentraré en la presentación y discusión de las tesis del filósofo rumano.

La relación de la filosofía con el mundo y la realidad es un asunto que cobra, según parece, un tono cada vez más álgido en los tiempos que corren. Para algunos (Husserl entre ellos), la filosofía es sencillamente el diálogo con una serie de autores, y siempre existe como punto de partida un libro o una serie de textos, y el filósofo procede a la reflexión a partir de los mismos. Para otros (Wittgenstein es un ejemplo conspicuo), en contraste, la filosofía consiste en el trabajo con problemas y en el diálogo con el mundo, la sociedad y la naturaleza. Hegel, a su manera sostenía que la filosofía es una época elevada a concepto.

El estudio de Patapievici se para sobre dos piernas, así: de un lado, lo sostiene un argumento descriptivo, y de otra parte, un argumento explicativo. El argumento descriptivo tiene la finalidad de mostrar que ante las vicisitudes de la modernidad no podremos salir de ella sino negando sus premisas. Este argumento precisa que el paso *reciente* de la modernidad cambió de modo irreversible e incontrolable el contenido de la modernidad clásica. Con ello, se hace claro lo que entiende el autor por “el hombre reciente” y por la “modernidad reciente”. Se trata de una crítica a la modernidad en la forma misma de la postmodernidad. O, lo que es equivalente, y aquí se encuentra el primer mérito del trabajo, a saber: en establecer que la modernidad y la postmodernidad no son dos cosas distintas -en contraste con autores como Habermas, Jameson (la crítica al capitalismo tardío) o Lyotard-, sino una sola y única continuidad.

El argumento explicativo, por su parte, sitúa con precisión al nacimiento de la ciencia moderna como el motivo que gatilla a la modernidad. En correspondencia con la ciencia moderna, la modernidad es reduccionista, y la modernidad se impone a sí misma como el horizonte insuperable de la condición humana. Digamos, con Hegel o con Fukuyama, que la modernidad se asume a sí misma como el final de la historia, más allá de lo cual sólo queda el Armagedón.

Ahora bien, la tesis central del libro de Patapievici aparece justamente a la luz del argumento explicativo: podemos y debemos salir de la modernidad, pero para ello debemos poder redescubrir lo Invisible (con mayúscula), el cual sólo se lo puede redescubrir superando el discernimiento, y con ello, el llamado es a recuperar la experiencia religiosa. Antes de avanzar se imponen algunas clarificaciones.

El motivo para salir de la modernidad estriba, sostiene el autor, en el hecho de que la modernidad ha reducido al ser humano a la condición de animal cortés, próspero e irremediamente banal. “La más poderosa civilización del mundo ha logrado producir el tipo humano más limitado, mediocre y extrañamente encerrado entre sus limitaciones que hasta ahora ha conocido la historia”.

Es inevitable no escuchar el eco de W. James en las variaciones sobre la experiencia religiosa, tanto como al propio Heidegger cuando se expresa acerca del fin de la filosofía y las tareas del pensar y con ellas y más allá de ellas, la crítica al nihilismo occidental y el llamado a un pensar no objetivista ni representativo o representacional.

Como quiera que sea, la autenticidad de Patapievici estriba en su espíritu independiente. Nos encontramos ante un autor que se reclama del mismo espíritu de Popper, ajeno a las alabanzas o críticos de Tirios o Troyanos, sabedor del precio que implica la autonomía y, si se prefiere (un término que para nada aparece en el libro) conector de la importancia de la autarquía.

Si Nietzsche sostenía que lo que le caracteriza al mundo moderno es el nihilismo y que el nihilismo no es la ausencia de valores, sino, por el contrario, el exceso de valores de tal suerte que resulta difícil si no imposible distinguir entre unos valores y otros, el filósofo rumano afirma que lo que le falta a la modernidad es vivir en la actualidad de los valores superiores, le falta una idea sobre lo que le es superior; en una palabra, es la ausencia de Dios (con mayúscula). *Gott is tot!*, y precisamente ello marca la historia del hombre reciente.

Adorno sostenía que los textos filosóficos son de tres tipos o contienen o pueden contener tres dimensiones: una *pars destruens*, una *pars construens*, y la crítica. (Desde luego, cuando menciona a la crítica, hace referencia a la obra Kant en el sentido preciso de que el filósofo sienta las condiciones de posibilidad de un campo, objeto o problema). Pues bien, en honor a la verdad, el mayor esfuerzo del filósofo rumano se dedica a una *pars destruens* de la modernidad. Los argumentos, en verdad, son numerosos. Pero lo verdaderamente apasionante es el tejido de los mismos. Es en este tejido que se aprecia, en referencia a una observación anterior de parte nuestra, que el de Patapievici es un diálogo con las cosas mismas iluminado con



referencias afortunadas de la historia de la filosofía, pero también con la literatura, la poesía y los medios masivos de comunicación actuales. Más exactamente, el suyo no es un problema de exégesis o hermenéutica. Por el contrario, es el trabajo sesudo de un intelectual, en el sentido más prestante de la palabra, con el mundo contemporáneo, que es el nuestro.

Ahora bien, la crítica a la modernidad demanda una consideración más cuidadosa. Existen, en verdad, dos críticas a la modernidad. De un lado está la de quienes critican a la modernidad para volver a los valores anteriores a la misma. Con nombre propio, es el partido de los más conservadores que reclaman una añoranza de la Edad Media, en sus postulados, organizaciones, pensamiento y forma de vida. Tangencialmente, una posición al respecto puede ser la de Huizinga, pero con seguridad se la encuentra en quienes tienen intereses velados de autoridad y verticalidad.

De otra parte, al mismo tiempo, existe la crítica a la modernidad, para avanzar desde ella, más allá de ella misma. Si bien algunas posturas deconstructivistas (o deconstruccionistas) pueden entrar en este grupo, se trata en realidad de quienes elaboran la crítica de la modernidad como de un momento de la historia occidental. Pues bien, Patapievici no se sitúa en ninguna de ellas, a pesar del llamado –ilustrado diría, antes que soportado– en algunos pasajes de la Biblia (en particular de *San Lucas* y *San Juan*) cuando se trata de rescatar la idea de lo Invisible que es accesible sólo por vía de la imaginación, que es Dios. En contraste con cualquier de las dos vertientes anteriores, Patapievici se reclama crítico, sesudo, aviento acaso de verdad y de libertad. Hay que decir, que, en honor a la verdad, su llamado a Dios no se sitúa del lado de una práctica religiosa determinada y en consecuencia, no de una iglesia, grupo o sección. Por más que se lo lea de manera interesada y sutil, nada de ello aparece en su obra. Esto es, nos encontramos ante un pensador que ni se desliza del lado de una profesión de fe del filósofo *à la* Leibniz, ni tampoco cede ante las tentaciones de un confesionalismo determinado. Esto hace difícil la lectura para quien ya tiene una postura pre-determinada. Pero por el contrario, exalta a quien ha pasado por la reflexión como el diálogo del alma consigo misma (Platón).

La crítica a la modernidad es sólida, consistente, desde un flanco y desde otro. No se limita a un solo aspecto, pero tampoco se queda en los árboles que impiden ver el bosque. Es una crítica contundente y lúcida que toma distancia de las posturas más clásicas o acaso canónicas. Por ejemplo, la lectura ya hoy fácil *à la* Weber y el espíritu del capitalismo, o del tipo de las profecías que se cumplen a sí mismas (*self-fulfilling prophecy*).

La salida de la modernidad, con toda seguridad, no es la postmodernidad, pues ésta no es sino una fase, la última, de la modernidad misma. Pero el mérito de la postmodernidad consiste en que pone suficientemente a la luz el espíritu mismo de la modernidad, a saber: la banalización del ser humano. A decir verdad, los análisis del pensador rumano son bastante más profundos aunque menos minuciosos en detalles que los de Lipovetsky, a propósito del llamado imperio de lo efímero. Es lo que Patapievici denomina el tránsito de las sustancias espaciales a las sustancias temporales. Y la temporalidad es el exceso que des-centra al ser humano zambulléndolo en la *Faktizität* a expensas de la *Transcendenz*.

Desde este punto de vista, lo que encontramos en realidad en el filósofo rumano es el mismo espíritu de Spinoza (*Tratado teológico-político*) en el sentido preciso de que la política supone e implica una teología, y la teología adopta a la política como realización en el mundo. En América Latina una postura semejante en espíritu es la que lleva a cabo F. Hinkelammert, claro en el dominio de la teología de la liberación.

La modernidad se compendia en: capitalismo, socialismo, liberalismo. Con él hemos ganado individualismo –personalización, si se prefiere- ciencia, tecnología y mercado. Ganamos, de manera puntual, cuatro cosas: el espíritu científico, el capitalismo, el Estado moderno como árbitro neutral de los intereses individuales, y el racionalismo.

Oscilamos entre corporativismo, democracia y minorías. Pero con todo ello, magnífica como es en sí misma, la modernidad nos ha hecho perder lo único que, a los ojos de Patapievici, no podemos, no podíamos perder: el sentido de trascendencia, digamos. Sencillamente a Dios. Y sin embargo, la ecuación es difícil. Así, por ejemplo a título casi que de *slogan* la “Conferencia” al final libro concluye: “¿Modernos? Sí, pero *nihil sine Deo*.”

Pero, ¿cuál es el Dios de Patapievici? Esta es la única cita (larga) que traemos del libro (p. 368):

“Para ser auténticamente renovada, la vida que está dentro de nosotros debería dejar de ser tan sólo reciente. Porque la esencia de la modernidad pretende que el hombre vaya siempre al compás de todo lo novísimo que aparece, lo más reciente, más original, más arbitrario, más exterior a los senderos que dejaron atrás nuestros predecesores que, hasta ahora, guiaron nuestros pasos. Sin sus huellas, sin aferrarse en el Espíritu a la presencia de Dios, el camino que seguimos cae al abismo – ya es el abismo”.



No exageramos si interpretamos que el suyo es el Dios de la vida (El “Dios vivo”, lo llama) y que se reclama de un credo particular, a pesar de que hacia el final cita pasajes de la Biblia y habla expresamente de Jesús. Es, si cabe, el Dios del espíritu humano, de la familia humana, del esfuerzo de reconocimiento de lo que hemos sido y podemos ser; a pesar de la modernidad *reciente*.

El libro no está organizado en capítulos. Se abre con unas tesis preliminares, citas de Platón, Burke, de Maistre, Stuart Mill, Nietzsche, Bateman Saintsbury, Lord Acton, Oakeshott, Hayek y Manent. A todas luces un abanico ecléctico, si bien en lo político resaltan, excepto por Hayek, posturas conservadoras. Posteriormente viene un Preámbulo, que introduce los argumentos descriptivo y explicativo. Posteriormente, Las “Palabras Iniciales” contienen las ideas-guía del libro, el cual se compone no de capítulos sino de numerales, muy a la manera de algún texto de Nietzsche o de Montaigne. Este es el cuerpo del libro. A mi modo de ver, de manera desafortunada, el libro concluye con una “Conferencia a modo de palabras finales”, que el autor dictó el 31 de mayo de 2001 en la *École Normale Supérieure* (Paris). La razón por la que es desafortunada esta inclusión es debido a que presenta una síntesis del libro, resumen que, todo parece indicarlo, fue el que leyeron o miraron numerosos reseñistas de libros en periódicos y revistas literarias españolas y que son desafortunados en la calificación de *El hombre reciente*. Basta con una mirada a cualquiera de los motores de búsqueda para comprobar lo anterior. La conferencia, como toda síntesis, permite que un lector afanado lea los resultados del libro, sin pasar por el proceso mismo de argumentación, crítica, debate, construcción, cuestionamiento y construcción del mismo. Finalmente, la estructura del estudio se cierra con numerosas nota de páginas, y con una bibliografía que tiene más las veces de referencia que de soporte teórico.

Patapievici fue un funcionario bajo el régimen de Ceaucescu. Posteriormente ha actuado como Director del Instituto Cultural Rumano – el equivalente del Instituto Hispano de Cultura, el British Council, el Instituto de Cultura Italiana o el Goethe Institut, por ejemplo. Trabaja de manera sostenida en lo que podemos llamar socialización de la crítica de la cultura. El libro reseñado generó una polémica abierta, de tono alto y que aún permanece, en su país. Parte de lo que hiera a un lector u oyente facilista es que no existen fórmulas en Patapievici, y su espíritu permanece casi inalterado en la independencia y la crítica.

Finalmente, es de lamentar que la edición –como es ya común, por lo demás en lengua española o castellana- carece de un índice analítico y onomástico (algo que sí se introduce, por regla general, en los libros procedentes del mundo anglosajón).

Un índice semejante brindaría mejores luces, por parte del editor, acerca de la valía del pensamiento que descubrimos en Patapievici. La filosofía rumana –análogamente al cine y la literatura, por ejemplo- da muestras de jovialidad y frescura. Se impone un descubrimiento de autores, líneas de pensamiento y estrategias argumentativas desconocidas aún incluso para los acuciosos lectores académicos y científicos. Por no decir, del resto de la sociedad.

En síntesis, no todo lo de la modernidad es desechable, y ciertamente no a rajatabla; ni siquiera de aquella denominada la reciente modernidad (= postmodernidad). Lejos nos encontramos de un anacronismo semejante. Pero sí se hace indispensable un alejamiento de lo evidente y lo visible. Lo que ganamos es invisible. Al fin y al cabo, lo esencial es invisible a los ojos, como lo dijera *El Principito* (Saint-Exupery).